





ZOCOS, 9  
SAN SEBASTIÁN

- © Del texto, Fernando Savater
- © Del prólogo, Raúl Guerra Garrido
- © De las ilustraciones, Juan Carlos Savater
- © De la fotografía de contraportada, «Tricéfalo»

© Confluencias, 2017  
[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez  
Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián  
Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-946380-5-3  
Depósito Legal: AL 1945-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FERNANDO SAVATER

---

# San Sebastián

---

Prólogo de  
Raúl Guerra Garrido



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



## ÍNDICE

Prólogo	9
Notas a la presente edición	19
Presentación y disculpas	25
Alcohol	33
Alderdi-eder	39
Aquarium	45
Baroja	49
Barquillos	53
Clima	57
La Concha	61
Festival de cine	73
Garibay	77
Gastronomía	81
Hipódromo	91
Historia	97

Hoteles	103
Humboldt	109
Igueldo	113
K	121
Kiosko	123
Memoria	127
Parte vieja	129
<i>El peine de los vientos</i>	141
Pelota	145
Pináculos	149
Pintada	151
Plaza de Guipúzcoa	153
Puentes	159
Puerto	163
San Francisco	167
San Telmo	169
Semana grande	173
Tabaco	177
Tamarindos	179
Tamborrada	183
Triunfo	185
Txantxillo	187
Urgull	189
Zorroaga	195



# PRÓLOGO



## TAN PASEABLE CIUDAD

Raúl Guerra Garrido

Una ciudad no existe si su nombre no es memoria de una infancia o rostro de una mujer, supongamos que coinciden ambas circunstancias. Un asombro, entre los montes el arco tenso de los edificios ciñendo la bahía, entre las rocas la cenefa de la playa pujando por hacerse a la mar, entre los abarloados barcos el séptimo velo de la niebla retirándose. Tenuos colores como heraldos de una elegancia innata, sobria y contenida. Geométricas calles de edificios armónicos, proporcionados a escala humana, para pasear sin urgencias estériles; arquitectura de los felices veinte, modernista, con las espadañas laicas de los templetes en barroco contraste con la sobriedad del urbanismo. La apoteosis del hierro forjado en farolas de ensueño y barandillas de orfebre compitiendo con el lujo de los tamarindos. No una ciudad

afrancesada sino razonable, antes, de cuando era *Le criterium des élégances et des plaisirs* y hasta los bilbaínos sugerían prudencia con Donostia porque «allí el más tonto toca el piano y habla francés».

A Fernando Savater, cuando habla de San Sebastián como su ciudad natal, inevitablemente se le cuelan memoria y rostro. Este libro no es guía turística ni ficción literaria sino un doble y superpuesto palimpsesto de la memoria: en el de la primera edición los recuerdos de un adulto que no toma apuntes pero no olvida sensaciones, y en el de esta segunda las caricias o arañazos de las notas a pie de página de un veterano sobre aquello que en la anterior ocasión era futuro impredecible. Memoria personal e intransferible de la infancia recuperada, las criaturas del aire y los misterios gozosos de a saber qué rosario. Como siempre con una prosa impecable y un pensamiento lúcido en donde la ironía y la paradoja tienen asiento reservado. Las cosas son como son pero no son lo que parecen: por ejemplo los tamarindos del paseo de La Concha, resulta que son tamarices, otra especie botánica a la que también se denomina falso tamarindo.

Insiste Fernando en el paseo de una ciudad paseable de este a oeste, de la Paloma de la Paz de Basterrechea al *Peine de los vientos* de Chillida, pasando por la *Construcción vacía* de Oteiza, sin necesidad de salvar más desnivel que los breves escalones del puerto. La enumeración de cuanto ve y recuerda es nostálgica, no catastral, y para no perderse recurre

al arbitrario orden alfabético que tan felices contradicciones de proximidad procura al escritor sagaz. Así la voz «alcohol» junto al jardín lustral de Alderdi Eder y la de «tabaco» junto a la abadía de San Telmo (seguiremos dirigiendo a nuestros conciudadanos señales de humo) y la sorprendente K, letra de afirmación nacional, en rótulos y pintadas donde la «c» sustituida por la «k» se cree traducción en vez de simple transliteración, de ahí el inefable nombre de Bakero, buen futbolista, ejemplo de tantos deslices.

Otras aproximaciones son presuntamente causales. En la Parte Vieja, como bandera corsaria de la vieja nueva cocina, se suceden inacabables variantes de *pintxos*, pinchos, no banderillas, pero las «gildas» permanecen omnipresentes: guindillas verdes suavemente picantes, a poder ser de la isla de Santa Clara, ensartadas con anchoa y aceituna: homenaje a Rita Hayworth y a un Festival de Cine que ya se ha hecho fiesta patronal. Otra aproximación llamativa sería el culto idolátrico a los fuegos artificiales de la Semana Grande provocado por una larga cadena de incendios catastróficos que van desde el siglo XIII hasta el más célebre de todos, el del 31 de agosto de 1813, en el que las fuerzas inglesas arrasan la ciudad guarnecida por las francesas y los donostiarras ven impotentes arder todas sus casas. En la actualidad la efeméride se celebra como fiesta de disfraces con gran lucimiento y parafernalia. Y así otras cuantas aproximaciones.

Insiste Fernando en una de sus más queridas variantes del paseo donostiarra, la de bajo el sirimiri y por la playa. Confiesa: «Yo he bajado muchas veces a La Concha con el chubasquero sobre el bañador y me he dejado besar con delicia por las dos aguas, la de la lluvia y la del mar». Fugaces instantes de felicidad eterna.

El mar, siempre la mar, y en verano, cuando el crepúsculo se anuncia, todos los paseantes se detienen con la esperanza de ver uno de los más bellos espectáculos del mundo. La esfera congestionada del sol desaparece con un último chisporroteo glorioso pero a veces, muy pocas, casi nunca, lo hace con la deflagración del rayo verde y el vértigo lineal y luminoso del horizonte nos emociona en grado sumo. Yo he visto el rayo verde desde la playa de la Zurriola. Eric Rohmer lo buscó desesperado por medio mundo para con su imagen concluir su película *El rayo verde* y fue en Biarritz, en donde estaba rodando, en donde dio con él: puede que esta esquina del Cantábrico sea propicia a la esperanza, el rayo concede un deseo a quien lo contempla.

El mar, siempre la mar y fuera del casco urbano, por la cumbre del monte Ulía, la prodigiosa atalaya de la Peña de los Balleneros desde donde se avistaba la ballena. ¡Por allí resopla! Y las traineras salían a su caza (caza, no pesca, insiste el autor) en afanes de supervivencia y competición, de ahí el origen de sus regatas. Ya no desfila por este horizonte la *bale-*

*na biscayensis*, su esqueleto se exhibe en el Aquarium, pero en días de viento sur quien se encarama a la Peña siempre jura haber visto a Moby Dick.

El mar, siempre la mar con la esperanza de que un deseo se cumpla. La Virgen del Coro, patrona de la ciudad y con independencia de las algaradas que en su fiesta de la Salve ocurren, fue la primera accionista de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas para así, con su celestial influencia, favorecer las singladuras de los navíos de la Ilustración.

De un tiempo oscuro en que siempre amenazaba galerna. De los años de plomo en que la ciudad dejó de ser razonable, de las barricadas que nos dividían en indignos e indignados, de los movimientos civiles contra el terrorismo que crecieron desde los minutos de silencio a las manifestaciones de ¡basta ya!, Fernando no se ocupa en demasía pues no son estas las páginas y donde tiene que denunciar continúa haciéndolo.

Tan sólo, y por mi parte, apuntar cómo San Sebastián se convirtió en la ciudad europea con más escoltas por metro cuadrado y cómo Savater tenía que pasear rodeado por seis guardaespaldas. No renunció a pasear por su ciudad, para él seguía siendo tan querida, paseable y hermosa como de costumbre aunque algo más sucia, tan embadurnada por el miedo y con tantos autobuses calcinados.

Todas las calles dan a la mar, ciudad abrazada a la mar, de tierra ganada a la marea, y en consecuencia no es de extrañar que el más fastuoso paseo y paisaje urbano lo conceda el río Urumea en su desembocadura, una calle desembocando en la mar con el prodigio de su arquitectura de sillares de arenisca y el abrazo de sus sucesivos puentes barrocos, modernistas y románticos tan batidos por las olas. El panorama más a la francesa, y también propio, de la ciudad. En este punto la memoria del palimpsesto echa de menos el viejo edificio del Gran Kursaal, se acostumbra a la inclinación caprichosa del de Moneo y se sorprende con el nacimiento de una nueva playa, la de la Zurriola, nacida de una mínima lengua de arena, en donde se permite el nudismo pero nadie se desnuda de cintura para abajo y en donde el fuerte oleaje es cabalgado por arcangélicos surfistas de envidiable salud.

Este libro es la memoria de un niño que corre hacia la barquillera que le ofrece el rico parisién. ¿No es acaso toda nostalgia una forma melancólica de optimismo?, nos pregunta alguien que de casi niño traducía a Ciorán.